



DIOCESE of TYLER

OFFICE OF THE BISHOP

5 de septiembre de 2023

Mis queridos hijos e hijas en Cristo:

Les escribo hoy para hablar más ampliamente de la primera verdad fundamental de la que hablé en mi primera carta pastoral: “Cristo estableció una Iglesia —la Iglesia católica— y, por tanto, sólo la Iglesia católica proporciona la plenitud de la verdad de Cristo y el camino auténtico hacia su salvación para todos nosotros”.

Para empezar, debo afirmar clara y rotundamente esta verdad fundamental: Jesucristo es el único camino hacia la vida eterna; ¡no se puede encontrar otro camino de salvación! Como Nuestro Señor mismo nos dice: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí” (Jn 14, 6). Para que pudiéramos participar de esa promesa de vida eterna, Nuestro Señor, en su gran misericordia, fundó la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Como leemos en el Evangelio de Mateo, Cristo dijo: “Y yo te digo: ‘Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo’” (Mt 16, 18-19). El fundamento y la cabeza divina de la Iglesia es Jesucristo; Sin embargo, este pasaje deja claro que Jesús promete establecer una Iglesia visible sobre la tierra con una cabeza visible, Pedro, a quien confiará una misión única y una autoridad específica.

La Iglesia católica ES el cuerpo de Cristo, y Él es inseparable de su cuerpo. La comprensión por parte de la Iglesia de las palabras de Cristo en Mateo se ha profundizado a lo largo de los siglos, pero de acuerdo con la Sagrada Tradición transmitida de Cristo a los Apóstoles (cf. 2 Tes 2,15), y luego conservada y protegida por los Padres de la Iglesia y los santos y mártires hasta nuestros días, siempre se ha entendido y proclamado que la Iglesia Católica es la Iglesia única, divinamente instituida, que Cristo estableció para la salvación de las almas. Todo lo que la Iglesia es, como cuerpo místico de Cristo, fluye de la verdad de que fue, y es, divinamente constituida por Cristo, y sus elementos básicos -que incluyen el sagrado Depósito de la Fe: no pueden ser alterados por los hombres porque no pertenece a los hombres; ¡la Iglesia pertenece a Cristo!

“La Iglesia se llama entonces católica porque se extiende por todo el mundo, de un extremo a otro de la tierra; y porque enseña universal y completamente las doctrinas que deben llegar al conocimiento de los hombres, concernientes a las cosas visibles e invisibles, celestiales y terrenales; y porque somete a la piedad a toda la raza humana, gobernantes y gobernados, doctos e ignorantes; y porque trata y sana universalmente toda la clase de pecados cometidos por el alma o el cuerpo, y posee en sí misma toda forma de virtud que se nombra, tanto en obras como en palabras, y en todo don espiritual.”

Por lo tanto, Cristo estableció su Iglesia para todos los hombres, para todos los tiempos, para la salvación de todos. No hay salvación fuera de Cristo y de su Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica; esta es una enseñanza infalible de la Iglesia. Sin embargo, como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: “Esta afirmación no se refiere a los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia”. Como católicos, estamos vinculados amorosa y gozosamente a la Iglesia y a los siete sacramentos instituidos por Cristo. Son esenciales para nuestra salvación. Sin embargo, algunos se preguntarán: “¿Qué pasa con los que están fuera de la Iglesia? ¿Qué pasa con los que nunca han oído hablar de Cristo? ¿Pueden salvarse?”. Para aquellos que no están unidos a Cristo a través de su Iglesia y por la gracia de los sacramentos, simplemente oramos por ellos y los encomendamos a Dios. Aunque nunca debemos presumir de la gracia de Dios, reconocemos que Dios es soberano, y si en su misericordia Él eligió operar de maneras más allá de nuestro conocimiento o entendimiento; Él tiene plena autoridad para operar como elija porque no está atado por otra cosa que su propia naturaleza perfecta.

Nosotros mismos debemos aferrarnos firmemente a la Iglesia y a los sacramentos como Él nos los entregó, pero también debemos orar siempre por las almas fuera de la Iglesia, para que Dios ofrezca su gracia a esas almas de maneras desconocidas e invisibles para nosotros. Sin embargo, quiero enfatizar este punto: si Dios elige ofrecer la gracia más allá de los medios sacramentales normales, reconocemos que esta gracia siempre fluye a cada alma desde Cristo y a través de su Iglesia de una manera mística. Por lo tanto, cualquiera que reciba y acepte la gracia de Dios nunca será salvo a través de cualquier otro camino, iglesia o religión; hay un solo Salvador, un solo Redentor, para toda la humanidad, y Él fundó una sola Iglesia para la salvación de las almas.

Dios desea la salvación de todos, pero no fuerza la salvación sobre ninguno de nosotros; esta requiere nuestra cooperación y nuestro asentimiento libre a su gracia. Él nos llama a cada uno de nosotros a participar en su plan de salvación no solo para nosotros mismos, sino para el mundo; esta es la Gran Comisión: “Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28, 19-20).

Vivimos en una era de gran interconexión donde las personas de todo el mundo pueden compartir y aprender unos con otros como nunca antes en la historia humana. Esta es una gran bendición en muchos aspectos, ya que abre la posibilidad de compartir la Buena Nueva de Jesucristo de maneras que antes no eran posibles. El verdadero ecumenismo, sin embargo, es una invitación abierta a todos a experimentar y abrazar la plenitud de Cristo y la vida cristiana que solo se puede encontrar en la Iglesia Católica. Este camino, aunque difícil a veces, es el único camino seguro hacia el verdadero amor eterno, la gracia y la vida con Dios. Es falsa caridad decirle a la gente que independientemente del camino en el que se encuentren, es la voluntad de Dios que se queden donde están, porque esto no llama a la gente a abrazar el único camino verdadero instituido por Dios para la salvación de las almas. Por lo tanto, la Iglesia tiene la sagrada obligación, nacida del amor, de evangelizar a todos los hombres.

Otro tema que quiero discutir porque supuestamente será un tema de discusión en el próximo Sínodo sobre la Sinodalidad es la estructura divinamente instituida de la Iglesia como se aplica a la ordenación de

las mujeres. Como nos dice la Sagrada Escritura, Cristo ordenó solo a los hombres como apóstoles. La Sagrada Tradición y el Magisterio Ordinario de la Iglesia han afirmado a través de los siglos que la Iglesia no tiene autoridad alguna para ordenar a las mujeres al sacerdocio. Esto no puede ser cambiado porque Cristo instituyó un sacerdocio masculino con el fin de imaginarse a sí mismo como el novio con la Iglesia como su esposa. Como San Juan Pablo II se declara solemnemente en su carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*: “Declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia”.

Sin embargo, es imperativo afirmar que Cristo nunca quiso un papel “menor” para las mujeres que el que Él quiere para los hombres. Las mujeres han hecho y siguen haciendo contribuciones indispensables en la historia y en la vida de la Iglesia. Desde la más grande y perfecta creación de Dios en toda la historia, nuestra Santísima Madre, la Reina del Cielo y de la Tierra, a algunos de los más grandes santos y doctores de la Iglesia; pasando por nuestras mujeres santas y fieles en órdenes religiosas y conventos y las innumerables mujeres que han impartido y continúan impartiendo la fe a sus familias y comunidades; Cristo instituyó su Iglesia de una manera que llama a las mujeres a tener “más” de un papel en Él de lo que jamás se podría encontrar en el mundo. Sin embargo, como Dios no llamó a los hombres a ser madres, Dios no llamó a las mujeres a ser padres, y a ser ordenados sacramentalmente como un ministro de Cristo en Su Iglesia, Nuestro Señor llama a los hombres a ser padres espirituales y novios de su esposa, la Iglesia. Este rol solo puede ser ocupado por uno correctamente ordenado para este rol.

Para aquellos que preguntarían sobre el potencial de las diáconas femeninas en la Iglesia Católica, les ofrecería esto: la Escritura nos dice que, desde los primeros días de la Iglesia, las mujeres sirvieron como fieles sirvientes (en griego *diakonos*) de los miembros de la Iglesia (ver Rom 16, 1). Los historiadores y eruditos nos dicen que las mujeres desempeñaron muchas funciones importantes de servicio en la Iglesia primitiva, como los actos de caridad para con los pobres, el cuidado de los enfermos, la preparación de otras mujeres para el bautismo, etc. Sin embargo, vemos en los Hechos de los Apóstoles que hay otro tipo de siervo (*diakonos*) llamado específicamente por los apóstoles y apartado de los demás siervos en la Iglesia; los apóstoles impusieron las manos sobre estos siervos particulares, y estos siervos recibieron entonces una ordenación sacramental para cumplir su papel único. La Escritura nos dice que los apóstoles dijeron: “Es preferible, hermanos, que busquen entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y nosotros les encargaremos esta tarea” (Hechos 6, 3). Y después, “Presentaron [a estos hombres] a los Apóstoles, y estos, después de orar, les impusieron las manos” (Hechos 6, 6). Aunque muchos (tanto hombres como mujeres) han servido fielmente a la Iglesia como servidores/*diakonos* a lo largo de la historia, la ordenación sacramental al diaconado —como uno de los tres grados del sacramento del Orden (diácono, presbítero, obispo)— siempre ha estado reservada únicamente a los varones bautizados. Los tres grados actúan como instrumentos de Cristo *in persona Christi Capitis* (en la persona de Cristo como Cabeza), pero con funciones distintas para cada oficio. Debido a que los diáconos ordenados sacramentalmente comparten el ministerio apostólico con los sacerdotes y obispos, la Iglesia ha decretado que también deben ser hombres, como fueron los apóstoles que Jesús eligió.

Los Cánones del Concilio de Nicea (325 d.C.) afirman en referencia a las mujeres que se les ha concedido un cierto estatus de servicio: “Nos referimos a las diaconisas, a las que se les ha concedido este estatus, porque no reciben ninguna imposición de manos, de modo que en todos los aspectos deben ser contadas entre los laicos” (canon 19).

En conclusión, quiero decir que, aunque la Iglesia es santa por su fundador y su origen divino, también está compuesta por miembros pecadores, llamados constantemente al arrepentimiento y a la conversión. Sin embargo, hay una Iglesia Triunfante en el cielo que existe perfectamente en su plenitud en Cristo, en el cielo, donde se celebra eternamente el banquete de bodas celestial con Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, a quienes se rinde culto y adoración eternamente. Los coros de los ángeles, la Inmaculada Virgen María, y todos los santos claman eternamente “Santo, santo, santo” ante el trono de Dios.

Es importante que nosotros, como Iglesia Militante en la tierra, llevemos esta verdad y esta esperanza en el corazón, mientras nos esforzamos por alinearnos y alinear todos los aspectos de la Iglesia en esta tierra con su realidad celestial. A causa del pecado, tanto personal como comunitario, la Iglesia Militante en la tierra no alcanza a la Iglesia Triunfante en el cielo, pero es nuestra misión esforzarnos siempre por la santidad y, por la gracia de Dios, perseverar hasta el final para que podamos unirnos también a la Iglesia Triunfante. Parte de este esfuerzo en la tierra consiste en participar en la batalla espiritual que tiene lugar a diario a nuestro alrededor, cuando muchos intentan desmenuzar o destruir por completo el Depósito de la Fe.

Mis queridos hijos e hijas, estén seguros de que los ángeles nos rodean en esta batalla, y los santos —especialmente Nuestra Madre Santa y Bendita— nos ofrecen su ayuda celestial mientras buscamos el premio eterno que Nuestro Señor ha ganado para nosotros.

Sigo siendo su humilde padre y servidor,



Mons. Joseph E. Strickland
Obispo de Tyler, Texas